

Ntro. Señor habla de la Corredentora en los escritos de María Valtorta

Estas páginas presentan citas textuales, que he traducido de los escritos de la mística italiana María Valtorta (1897-1961) junto con pensamientos tomados de ellos y en especial del “*Poema dell’Uomo-Dio*” (en español, “*El Hombre-Dios*”, es decir, “*El Evangelio como me ha sido revelado*”). Las citas indican los escritos publicados en italiano.

También Ntro. Señor sabe ser “Teólogo con los teólogos, Místico con los místicos”... Con el Evangelio en mano, ¿quién podrá discutir ninguna de estas palabras? “*Mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me ha enviado. El que quiera hacer su Voluntad, reconocerá si esta doctrina viene de Dios, o si Yo hablo por mi cuenta*” (Jn. 7,16-17).



María Stma. está íntima e inseparablemente asociada a Cristo, único Mediador, en toda la obra de nuestra Salvación, tanto *en su realización* (primera fase), como *en su aplicación* a cada uno de los miembros de la humanidad a lo largo de los siglos (segunda fase). A causa de su asociación en llevar a cabo la Redención de la humanidad, la Stma. Virgen aparece como **la Corredentora unida al Divino Redentor**. Y a causa de su asociación en el aplicar la Redención a cada individuo, Ella aparece como **Medianera o Dispensadora de todas las Gracias**.

La Corredención es una cooperación al rescate del género humano de la esclavitud del pecado y de la muerte, mediante un precio pagado a la Divina Justicia (o sea, los méritos y satisfacciones del sacrificio de Jesús y de María). También Ella, como Cristo su Hijo, ha sido “*llamada por Dios a una misión de Redentora*” (“*Cuadernos del ‘43*”, p. 311), por lo cual “*su Corazón, como el de su Hijo Jesús, fue traspasado por el género humano y en su favor*” (“*Cuadernos del ‘43*”, p. 312). “*Ella es Salvadora como Jesús*” (“*Poema*”, vol. VI, p. 966) y en Jesús, el único Salvador.

“*Nosotros hemos tenido a Jesús porque María, 34 años antes de la Pasión de El, aceptó beber el cáliz de la amargura. En el borde del cáliz que Jesús ha bebido entre sudores de sangre, El ha encontrado el sabor de los labios de su Madre, y la amargura del llanto de María estaba mezclada con la hiel de su sacrificio. Y, hemos de creerlo, hacerla sufrir –a Ella que no merecía el dolor– ha sido para Jesús la cosa más terrible. Recordemos su vida martirizada de Corredentora, sin la cual Jesucristo no habría sido hombre entre los hombres y nuestro eterno Redentor*” (“*Cuadernos del ‘43*”, p. 313).

*“María atestigua el infinito amor misericordioso de Dios al hombre, pues por medio de María, **Madre del Redentor**, Dios ha realizado la salvación del género humano” (“Cuadernos del ‘43”, p. 308).*

“Toda la Gracia se ha concentrado en una Mujer y Ella la ha dado a luz al mundo, para que fuera redimido” (“Poema”, vol.III, p.79-80).

La asociación de María a Cristo Redentor le imponía la dolorosísima renuncia a todos los derechos maternos que Ella tenía respecto a El. En cada momento de su vida, Ella tenía que recordar –como de hecho recordó siempre– que “la vocación tiene derecho de precedencia sobre los derechos de la sangre” (“Poema”, vol. IV, p. 777). ¿Y qué pasa entonces con el cuarto mandamiento? Que va después de los mandamientos hacia Dios.

Es un deber, “cuando pensamos en María, meditar esta agonía suya, que duró 34 años, desde el primer instante de su Maternidad, y culminó al pie de la Cruz. Ella la sufrió por nosotros” (“Poema”, vol. IX, p. 16). “Por lo demás, todas las madres quedan unidas a sus hijos para siempre” (“Poema”, vol. IV, p. 765). “Con su sacrificio ha dado comienzo a la Redención” (“Cuadernos del ‘43”, p. 307). “Ella renunció a su Hijo desde el momento que lo tuvo. A Dios lo ha dado. A nosotros lo ha dado” (“Poema”, vol. I, p. 192).

*“El mundo, el Cielo, el Eterno esperaban su palabra de consentimiento. Y Ella pronunció esa palabra. ¡Pero a costa de cuánto dolor!” (“Poema”, vol. I, p. 105). “El dolor grande, mayúsculo, soberano, absoluto, incesante, penetró en Ella con la violencia de un meteoro que cae del cielo, en el momento mismo en que Ella experimentó el éxtasis del abrazo con el Espíritu Creador, en el momento en que concibió al Verbo Encarnato. Felicidad y dolor han estrechado en un único lazo el Corazón de María, en el instante de su altísimo “Fiat” y de su castísimo desposorio. Felicidad y dolor se fundieron en una sola cosa, como Ella había llegado a ser una sola cosa con Dios: **una sola Voluntad, que la hizo partícipe de todo**. Llamada a una misión Redentora, el dolor superó, desde el primer momento, la dicha.*

Unida al Espíritu de Sabiduría, a Ella le fue revelado el futuro reservado a su Criatura y ya no hubo más alegría, en el sentido corriente de la palabra, para María. A cada hora que pasaba, un amor y un dolor sin comparación se alzaban, como olas en un mar tempestuoso, en su Corazón y la flagelaban con su potencia. Su Corazón sintió penetrar las espadas del dolor desde el momento en que la Luz, dejando el centro del Fuego Uno y Trino, penetró en Ella, empezando la Encarnación de Dios y la Redención del hombre. Y esa herida fue aumentando, hora tras hora, durante la santa gestación, pues María conocía bien las Sagradas Escrituras. Aún más grande fue el dolor en el momento en que Jesús nació para ser la Luz de un mundo en tinieblas. En efecto, la felicidad de la Madre que besa a su Criatura en María se convirtió en la certeza de la Mártir que sabe que se acerca el martirio... A ese seno que merecía toda la alegría destinada a un Adán sin culpa, Dios ha querido dar todo el dolor. ¡Por nosotros! Por nosotros, la pena de haber causado dolor a José. Por nosotros, el parto en medio de tanta desolación. Por nosotros, la profecía de Simeón, que le dió vueltas al cuchillo en la herida, insistiendo y agudizando el tormendo de la espada. Por nosotros, la fuga a tierra extraña, por nosotros las ansias de toda una vida...” (“Cuadernos del ‘43”, p. 311-312)

“Conocía su suerte, pues no ignoraba el destino del Redentor y las profecías que hablaban de su gran sufrimiento. El Espíritu de Dios unido a Ella la iluminaba aún más de cuanto las profecías no dijeran. ¡Cuánto dolor oír y estar ya viendo que los hombres habrían tomado el Bien, hecho carne, para convertirlo para ellos en un mal” (“Cuadernos del ‘44”, p. 359).

¡Qué dolor de su alma ante el sufrimiento de José a causa de su misteriosa maternidad! “Esa fue la primera gran pasión, que duró tantos días” (“Poema”, vol. I, p. 165). “Si Dios no le hubiera sugerido callar, se habría atrevido –con el rostro en el suelo–

decirle a José: «El Espíritu ha penetrado en Mí y en Mí está el Retoño de Dios», y él la habría creído porque la estimaba y porque, como todos los que no mienten jamás, no podía creer que otro mintiera. Por meses, desde aquel momento, María sintió la primera herida que hacía sangrar su corazón. El primer dolor de su suerte de **Corredentora** lo ha sufrido y ofrecido para reparar..." ("Poema", vol. I, p. 125).

“¿Quién puede decir su íntima y silenciosa intensidad? El dolor al comprobar que el Cielo aún no la había escuchado, revelando a José el misterio. Que él lo ignoraba, estaba claro. Si él hubiese sabido que María llevaba en sí al Verbo de Dios, él habría adorado a ese Verbo con actos de adoración debidos a Dios. ¿Quién podrá decir la lucha de María contra el desaliento que quería dominarla para persuadirla de que había esperado inutilmente en el Señor? ¡Fue sin duda rabia de Satanás! Sentir que la duda surgía, que alargaba sus tentáculos helados para aprisionar el alma e intentar detener su plegaria. La duda, tan peligrosa, mortal para el espíritu. Letal, porque es el primer agente de esa enfermedad mortal que se llama “desesperación” y contra el cual hay que reaccionar con todas las fuerzas, para no perecer en el alma y perder a Dios. ¿Quién podrá decir con exacta verdad el dolor de José, que María sentía por completo? Si hubiera sido menos santo, habría obrado humanamente, denunciándola como adúltera... Pero José era santo y su espíritu puro vivía en Dios” (“Poema”, vol. I, p. 165-166).

Y la Sierva de Dios y los siervos no discuten las órdenes que reciben. Las cumplen, aunque hagan llorar sangre. “Su dolor fue el amigo fiel, que tuvo todos los más diferentes aspectos y nombres” (“Poema”, vol. I, p. 245). “Como un collar al que se añade día tras día una perla, comenzaron los días dolorosos. Al final fue el Gólgota” (“Cuadernos del '43”, p. 618).

A causa de la privación de las cosas más necesarias, María le dió al Niño “leche y lágrimas, leche y amor...” (“Poema”, vol. I, p. 208). “Y los primeros pasos con sus piecitos tiernos y sonrosados, esos pies que Ella acariciaba y besaba con amor de mamá y adoración de fiel y que luego habrían sido clavados en la cruz, donde los habría visto contraerse en el espasmo, palidecer y hacerse de hielo. Y sus caídas cuando empezó a andarse solo. Ella corría a levantarlo y a besarle el golpe. Oh, entonces podía hacerlo. Un día Lo habría visto caer bajo la Cruz, ya agonizante, cubierto de andrajos, de sangre y de las inmundicias que le tiraba la gente cruel, y no habría podido correr a levantarlo, a besarle las contusiones sangrantes, pobre Madre de un pobre Hijo inocente y ajusticiado!” (“Cuadernos del '43”, p. 635-636).

Indescriptible fue la angustia de María por la pérdida de Jesús a los doce años, durante la peregrinación pascual al templo de Jerusalén. Fueron tres días de agonía. (cfr. “Poema”, vol. I, p. 293-294).

Indescriptible igualmente fue el dolor del Corazón de María por la muerte de José, que para Ella había sido “padre, esposo, hermano, amigo, protector”. Con la muerte de José, Ella se encontraba “sola, como el sarmento de una vid al que le cortan el árbol en que se sostenía” (“Poema”, vol. I, p. 302).

Desgarrador fue el momento en que el Hijo se separó de la Madre para comenzar su misión redentora. “Tenía que llegar esa hora. Allí había comenzado, cuando se había aparecido el Ángel, ahora suena y tiene que vivirla. Después vendrá la paz de la prueba superada y la alegría... Pero entre tanto ha empezado el camino del Evangelizador, que lo llevará al Calvario” (“Poema”, vol. II, p. 12-13).

“María, perfectamente amorosa –porque en la Toda Gracia aun las formas afectivas y sensibles erao perfectas–, no tenía más que un solo bien y un solo amor en la tierra: su Hijo. No le quedaba más que El. Sus padres, muertos desde hacía tiempo, José, muerto desde hacía algún año. No estaba más que Jesús para amarla y tacerle sentir que no estaba sola. Los mismos parientes, por motivo de Jesús, cuyo origen divino no conocían,

le eran más bien hostiles, como con una madre que no se sabe imponer al hijo que se sale del buen sentido común, que rehúsa la boda que se le propone, la cual habría podido dar lustre a la familia e incluso ayuda. Los parientes, en el fondo pensaban que un día habrían tenido que ocuparse de María. Por eso, el ver que Ella no se oponía en nada a su Hijo, sino que parecía en continua adoración, los irritaba muchísimo. También por las ideas, demasiado idealistas según ellos, las cuales podían molestar a la sinagoga. No era una misión fácil la del profeta, que a menudo suponía la muerte del profeta y problemas para sus parientes. Ese choque habría ido aumentando luego en los tres años de Ministerio, hasta culminar en abiertos reproches cuando alcanzaban a Jesús en medio de la gente y se avergonzaban de su manía –según ellos– de irritar a las castas potentes. Reproches naturalmente a la pobre Madre, también a Ella. ¿Y María? **María lloraba porque era la Corredentora y la Madre del género humano renacido para Dios**, y tenía que llorar por todas las madres que de su dolor de madres no saben hacer una corona de gloria eterna.

Todo eso, por nosotros. Por nosotros, tan ingratos con estos Dos que por nosotros han subido al Calvario" (*"Poema", vol. II, p. 15-18*).

No olvidemos tampoco el discurso de Jesús en la sinagoga de Nazaret sobre el texto bíblico de Isaías, 61,1-3. Los nazaretanos, heridos en lo vivo, hacen tumulto y enfurecidos lo echan de la ciudad, lo siguen hasta el borde de un barranco..., pero Jesús pasa incólume entre ellos. También este hecho penoso fue sin duda una espada para el Corazón de María, en Nazaret, donde Lo miraban con malos ojos incluso sus parientes, que lo consideraban un exaltado, un buscapleitos...

Cuando pensamos en María, meditemos su dolor durante 34 años, culminado al pie de la cruz. Ella lo ha sufrido, por nosotros. Por nosotros, los desprecios de la gente, que la juzgaba la madre de un loco.. Por nosotros, las reprimendas de sus parientes y de las personas notables. Por nosotros, el aparente desaire de Jesús: "Mi Madre y mis hermanos son los que hacen la Voluntad de Dios". ¿Pero quién más que Ella la hacía, una Voluntad tremenda que le imponía la tortura de asistir al suplicio de su Hijo? Por nosotros, las fatigas de tener que alcanzar a Jesús acá y allá. Por nosotros, los sacrificios: desde el de dejar su casita y mezclarse entre la gente, hasta el de dejar su pequeña patria en cambio del tumulto de Jerusalén. Por nosotros, el tener que estar en contacto con aquel que incubaba la traición en su corazón. La pura, la humilde, la desprendida de las riquezas de la tierra no podía no sentir repugnancia de aquella sierpe, como por lo demás la sintió Jesús por casi tres años.

Otra copiosa fuente de penas para el Corazón de la Corredentora era la hostilidad de los sacerdotes, escribas y fariseos, zorros astutos que trataban de empujar a Jesús a su guarida para despedazarlo. Por nosotros, el dolor de María viendo a su Hijo acusado de herejía y de posesión diabólica. ¡Todo, todo por nosotros!... ¡Cuánto ha sufrido Jesús, al ver sufrir a su Madre, al tener que llevarla, como mansa corderita, al suplicio, al tener que traspasarla con tantas despedidas: en Nazaret, antes de la evangelización; cuando ya era inminente la Pasión; antes de la Cena pascual; en la hora atroz del Calvario. (*"Poema", vol. IX, p. 16-17*).

Sufrimientos morales conectados, trenzados, fundidos con los de su Hijo, como son enmarañadas las lianas de las selvas ecuatoriales, que no se pueden separar para cortar una sola, sino que hay que romperlas con un único golpe de machete para abrirse paso, cortándolas juntas.

Nos da pena la madre de un hijo destinado a morir por una enfermedad incurable, la madre de un condenado a muerte por el rigor de la justicia humana. Pero no pensamos en esta Madre que, desde el momento que ha concebido al Hijo de Dios no ha decado de temblar, pensando que era "el condenado". Pensemos en esta Madre que, cuando le ha dado su primer beso en las carnes tiernas de recién nacido, ha sentido las futuras llagas

de su Criatura, Ella que habría dado diez, cien, mil veces su vida por impedirle el momento de la inmolación. Esta Madre que sabía y que debía desear esa hora tremenda para aceptar la Voluntad del Señor, por la gloria del Señor, por bondad hacia la humanidad. No, no ha habido agonía más larga, terminada con un dolor aún más grande en el Calvario.

La Redención tenía necesidad de dos Víctimas. Porque el hombre pecó con la mujer y **la Mujer tiene que redimir como redime el Hombre**. Y Dios la quiso sobre el Calvario con su Hijo, para mezclar el agua del llanto virginal al vino de la sangre divina y celebrar la primera y única Misa. Ella, que se ha crucificado sobre su rostro su sonrisa, para confortar a su Hijo. (*"Poema", vol. IX, p. 40-41*).

María, la cordera inmolada, puede decir: "Me ha sido concedido a mí, criatura, consolar a mi Creador. Porque sabemos que nuestra obediencia consuela al Eterno" (*"Poema", vol. IX, p. 141-142*). "También Ella ha gustado la amargura del abandono del Padre, pero por ese dolor suyo ofrecido a la Redención ha pedido y obtenido que su Hijo superara la angustia del huerto de los olivos y llevara a cabo la dolorosa pasión". (*"Poema", vol. IX, p. 232*).

"Si Judas se hubiera arrojado a los pies de María, Ella, la Piadosa, lo habría recogido como un herido y sobre sus heridas satánicas habría derramado su llanto que salva y lo habría llevado a los pies de la cruz, teniéndolo de la mano, para que Satanás no pudiese asaltarlo ni los discípulos golpearlo; lo habría llevado para que la Sangre de su hijo cayera en primer lugar sobre él, el más grande de los pecadores. Y Ella habría sido sacerdotisa admirable sobre su altar, entre la pureza de Cristo y la culpa de Judas, porque Ella es madre de los vírgenes y de los santos, pero también madre de los pecadores. Pero Judas no quiso..." (*"Poema", vol. IX, p. 303-304*).

"Las carnes de María están contusas con los mismos flagelos de su Hijo, las espinas estan en su frente. Ha sentido los mismos golpes, los mismos clavos, la misma agonía, su misma muerte" (*"Poema", vol. IX, p. 319*), mientras está expuesta al sarcasmo de todo un pueblo que grita así: "¡Clavad en la cruz también al seno que lo ha llevado! ¡Quitad de enmedio las víboras que han parido a los demonios! ¡A muerte! ¡Limpiad Israel de las hembras unidas con el cabro! ¡Bája de la cruz y Te creeremos! ¡Sálvate a Tí mismo, Tú que has salvado a los otros!" (*"Poema", vol. IX, p. 340*).

"**Por la Mujer vestida de Sol** volverá el Bien al mundo, como por una mujer vino el mal al mundo. Y será vencido Satanás, el cual había vencido y arruinado la humanidad, sirviéndose de una mujer, Eva. Hay que anular una página escrita por Satanás. Y eso lo hace el llanto de una Mujer, la única que merce pienamente el título de Mujer, porque ha invertido el triple pecado de Eva. De hecho Ella es Obediencia absoluta, Pureza absoluta, Humildad absoluta". (*"Poema", vol. VI, p. 855*)

"Ella ha vencido a Satanás, en Ella y por los hombres. El demonio está bajo su pie de **Corredentora**. La primera Eva bajó la mirada y prestó atención a la voz de la tiniebla y de la mentira. La segunda Eva ha prestado oído a la voz de la Luz y de la Verdad. La primera Eva, por querer ser como Dios, perdió lo que del hombre animal hace ser hijo de Dios. La segunda Eva, por querer ser solamente "sierva", fue divina. Por una infidelidad de la mujer, el género humano ha conocido el decado, el dolor, la muerte. Por la fidelidad de la Mujer, Madre de Jesús, el género humano ha obtenido la regeneración a la Gracia y por tanto el perdón, la alegría pura, la vida". (*"Comentarios a la Epístola a los Romanos", p. 94-95 e 143*).

"Ser Madre del Hijo de Dios es una suerte dichosísima. Haber sido Madre del Redentor ha sido una suerte de dolor atroz" (*"Poema", vol. I, p. 157*). Decir Madre del Redentor, del Varón de los dolores, equivale a decir Mujer del dolor. Y el dolor ha sido precisamente lo que la ha consagrado como **Corredentora**.

“¡Ella, que debía ser inmune del dolor, siendo inmune de la culpa original! Pero para ser la Corredentora era necesario que padeciera el dolor, para poder decir que ha quitado del Corazón de Dios la amargura por la desobediencia de Eva!” (“Poema”, vol. I, p. 112-115).

Quando Jesús en la cruz habla por primera vez y dice: “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen”, esta oración vence todo temor en Dimas. El buen ladrón, después de mirar a María, se atreve a mirar a Cristo y dice: “Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu Reino”. No es de extrañar que, en su sincero arrepentimiento, en su confianza en la infinita Misericordia de Dios, haya añadido también: “Cristo, perdóname en nombre de tu Madre y de tu Padre Santísimo”. Y Jesús: “En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el Paraíso”. En una luz crepuscular sobrecogedora, Jesús, en el límite de sus fuerzas y de su vida, entrega Juan a María y María a Juan: “Mujer, he ahí a tu hijo. Hijo, he ahí a tu Madre”. Es el testamento de su Jesús, que no tiene qué dar, sino un hombre. El, que por amor al hombre, la priva del Hombre-Dios, nacido de Ella. “Todo está cumplido”...y se acentúa el jadeo, el estertor. Por último, un grito potente, impensable en ese cuerpo exánime, sale de El, lacera el aire, el gran grito que dice el Evangelio y que es la primera parte de la palabra “Mamá”... Y luego ya más nada...

La tierra responde al grito de la Víctima con un estruendo terrorífico... (cfr. “Poema”, vol. IX, p. 341-363). ¿Podemos imaginar cómo ha respondido el Corazón de María? ¿Podemos? ¡No, no! ¡Eso no es posible a mente humana! Sólo Dios conoce el dolor del Corazón de la Corredentora. La Redención del mundo se ha cumplido. El hombre ha sido salvado. Pero en esta Redención –como hemos visto– al Hijo ha estado siempre asociada también la Madre, desde el principio al final. Como Eva estuvo unida a Adán en la prevaricación, así María, como nueva Eva, está unida a Cristo, el nuevo Adán, en la Redención del género humano.

“La pareja Jesús-María es la antítesis de la pareja Adán-Eva. Es la pareja destinada a anular toda la obra de la pareja Adán-Eva y a volver a poner a la humanidad en el punto en que estaba cuando fue creada: rica de Gracia y de todos los dones concedidos por el Creador. La humanidad ha recibido una regeneración total por obra de la pareja Jesús-María, los cuales son por eso los nuevos fundadores de la humanidad. Todo el tiempo anterior ha quedado anulado. El tiempo y la historia del hombre se empieza a contarlos de nuevo, a partir de este momento en que la nueva Eva, invirtiendo el orden de la Creación, hace que de su seno inviolado venga, por obra del Señor Dios, el Nuevo Adán.

Pero para anular las obras nefastas de Adán y Eva, Jesús y María han tenido que practicar de un modo perfecto todo lo que es al contrario del comportamiento de la primera pareja. María debe anular a Eva. María ve en Judas al segundo Caín de su Jesús, el segundo Abel. Sabe que la sangre del segundo Abel ha sido vendida por treinta monedas por ese Caín de Judas. Pero no maldice. Sufre, ofrece y perdona (“Poema”, vol. IX, p. 305-308). Como Jesús. El mal ha entrado en el mundo por la mujer y por la Mujer ha sido vencido. El Fruto de la Mujer ha desintoxicado a los hombres de la baba de Lucifer” (“Poema”, vol. X, p. 42).

“Hemos sido redimidos por medio de la Sangre de Jesús y las lágrimas de María” (“Cuadernos del ‘44”, p. 747), cuya eficacia procede de la sangre del único Redentor.

“Verdaderamente, no sólo por los méritos de Jesús, que eran ya sobreabundantes, sino también por lo María, nosotros tenemos la Vida. Ella, Madre de la Vida, que no conoció los dolores del parto, ha conocido sin embargo muy bien los dolores de más doloroso parto, dando a luz, al pie de la Cruz, a nosotros, humanidad pecadora, para la nueva vida de la Gracia” (“Comentarios a la Epístola a los Romanos”, p. 144-145).

“A la Redención del Hijo del Hombre era necesario, indispensable, añadir también el dolor de María” (“Poema”, vol. X, p. 28). Por tanto el mundo fue rescatado también con

el precio del dolor de María. Pero, bien entendido: **los méritos de Jesús eran absolutamente necesarios, exigencia de estricta justicia; los méritos de María son los de su Hijo, requeridos sólo por el amor. ¡Sólo y nada menos que por el eterno Amor!**

En el Génesis, 3,15 Dios dijo: “Pondré enemistad entre tí (Satanás) y la Mujer, entre tu descendencia y la Suya: Ella te aplastará la cabeza y tú te lanzarás contra su talón”. Fue la promesa de la **Corredentora** junto con el **Divino Redentor**. Y en Lucas, 1,38: “He aquí la Sierva del Señor: hágase en Mí según tu Palabra”. Es el cumplimiento de la promesa. De este modo María, al pie de la Cruz, sufrió la muerte mística, mientras Cristo sufría la muerte física.

Por su naturaleza de Madre del Salvador, María tiene poder de salvación (cfr. “Poema”, vol. VII, p. 1581-1583). La Salvación le pertenece a Ella y Ella la da a quien quiere. Toda la Vida de su Hijo, toda la obra de la Salvación, está depositada en María, a Ella se le ha confiado. Ella es su depósito, su canal, su fuente, y Ella la da a quien quiere. Por eso María es la **Medianera con el Divino y único Mediador**, partícipe de un modo único de la Mediación única y universal de Cristo.

María aparece también indisolublemente asociada a Cristo en la aplicación de la Redención a cada hombre, o sea, en la distribución de *todas las Gracias* de la Redención a todos los hombres. Jesús pasó por María para llegar a nosotros; y así nosotros hemos de pasar por María para llegar a Jesús: “Ad Jesum per Mariam”. Jesús lo sabe tan bien, que antes de morir nos dirige a su Madre, nos entrega a Ella **como Madre y Abogada nuestra**. Pero ya desde antes, desde el comienzo de su vida pública, ha manifestado su gloria en las bodas de Cana, como diciendo: “Todo lo que en nombre de mi Madre se Me pide, en nombre de mi Madre Yo lo doy” (“Poema”, vol. II, p. 316). María es siempre la llave del Milagro (“Poema”, vol. II, p. 64).

